

El asistente

Siempre había deseado tener un asistente que se llamara Federico.

Y, por fin, tras largos años de lucha, trabajo y sacrificios, conseguí hacerme con los servicios de un asistente llamado Federico.

Tenía un porte elegante, siempre serio y flemático, tal vez algo estirado, rostro impenetrable, ojos inquietos y brillantes de mirada profunda, cabellos rojizos y ademanes parsimoniosos.

Federico era muy servicial, trabajador y con una lealtad incondicional hacia mi persona. Incluso, en ciertos momentos, llegué a pensar que estaba enamorado de mí, a pesar de mis intentos por hacerle comprender que, con todo el respeto debido, mis aficiones no eran compatibles con las suyas.

«Federico, prepárame el desayuno, por favor».

Me había costado algún esfuerzo de entrenamiento, pero los resultados fueron espectaculares. Federico preparaba un excelente zumo de naranja que me servía exactamente treinta segundos antes de traerme un aromático café acompañado por unas sabrosas tostadas, frutas variadas, cereales, jamón serrano, queso semicurado y huevos escalfados. Todo presentado con un gusto exquisito.

«Federico, pon mis boleros preferidos». «Federico, organízame unas vacaciones en Baden-Baden y luego en Bali». «Federico, lánzame bolas de tenis para entrenar mi revés». «Federico, vamos a la ópera». «Federico, ráscame la espalda».

Mi vida era perfecta.

En realidad, casi perfecta.

En ocasiones, Federico se comportaba de forma extraña. Sus ojos brillaban con una luz especial, eléctrica. Su voz sonaba como afónica, tal vez gangosa. Y sus movimientos eran lentos, algo torpes y poco coordinados.

Cierta día, cuando le dije: «Federico, ponme la Quinta sinfonía de Shostakovich», puso en marcha el riego y todos los aspersores comenzaron a girar simultáneamente, a la vez que se escuchaban los primeros compases de la Quinta de Beethoven, seguidos por unos boleros de Los Panchos. El robot escoba se activó y cayó por las escaleras, el rotor de la lavadora se puso a toda marcha, como si quisiera alcanzar la velocidad de la luz y viajar en el tiempo, el dron de vigilancia periférica no paraba de girar sobre sí mismo y se activaron las alarmas con un ruido ensordecedor, y la tostadora comenzó a lanzar rebanadas de pan, como si fueran blancos del tiro al plato. «Federico, detente». Pero Federico, impertérrito, continuaba activando todos los dispositivos de la casa de manera descontrolada. Pero lo peor fue cuando empezó a lanzar bolas de tenis sobre la casa del vecino, rompiendo todos sus cristales e impactando en un ojo del buen señor. Este, como represalia, comenzó a arrojar piedras de considerable tamaño contra mis ventanas y lanzó sus perros —pitbull, bulldog y caniche— contra nosotros. Logramos escapar escalando por el canalón de desagüe, no sin antes recibir violentos mordiscos y zarpazos, aunque no logramos deshacernos del caniche que, pataleando, colgaba de una pierna de Federico, en la que había clavado sus afilados dientes.

Al cabo de un tiempo, Federico reflexionaba y parecía volver en sí. Yo intentaba amablemente comunicarme con él.

«Federico, ¿qué te ha sucedido?». «Lo siento, no lo sé; estaba muy cansado, pero ya me encuentro mejor». Su rostro no expresaba emoción alguna, por lo que yo no tenía forma de saber si sus palabras reflejaban sus pensamientos.

Durante los días sucesivos, Federico volvía a realizar sus actividades con toda normalidad y la eficiencia acostumbrada. De vez en cuando le oía suspirar. «No puedo entenderlo. Parecía que se me hubieran fundido los plomos». Y esbozaba una triste sonrisa.

Pero al cabo de unos meses, se reproducía un episodio similar al anterior, incluso más intenso y de consecuencias más devastadoras.

A pesar de que Federico parecía poder recuperarse, los episodios eran cada vez más frecuentes. Entonces decidí acompañarlo a la consulta de un especialista en neurociencia. Desgraciadamente las instrucciones que dio y que fueron fielmente ejecutadas no surtieron efecto y los episodios se reprodujeron con mayor frecuencia e intensidad.

Yo empezaba a preocuparme.

Y no era para menos. Una noche de tormenta con intenso aparato eléctrico me desperté y vi que Federico me observaba con ojos como centellas. Seguidamente se lanzó sobre mí y me atacó con un gran atornillador —que normalmente utilizaba para reemplazar la batería del automóvil, la taza del inodoro y cosas por el estilo—, al tiempo que exclamaba: «Nunca me tienes en consideración ni me manifiestas aprecio, a pesar de mi entrega y mi trabajo. No lo puedo soportar».

Logré huir, aprovechando un momento de debilidad en que Federico se deshacía en lágrimas al tiempo que me suplicaba.

Los agentes de la policía que acudieron a mis llamadas de socorro lograron reducirlo y desactivarlo.

Nunca más volveré a tener un asistente que se llame Federico. A pesar de los largos años de lucha, trabajo y sacrificios que me costó poder disponer de sus servicios.

Al principio pensaba que lograría enseñar a los asistentes más conocidos, como Siri, Alexa, Google, Cortana o Aura.

Y les decía «Hola, Federico», «Hey, Federico» u «OK, Federico», pero ellos no conseguían aprender, a pesar de mis esfuerzos. Y solo recibía respuestas, con voz apesadumbrada: «Lo siento, no te entiendo», o incluso «*Sorry, I don't understand*».

Así que, tras innumerables vanos intentos, decidí construir mi propio asistente que, naturalmente, se llamaría Federico.

Contacté con los mejores expertos en Robótica e Inteligencia Artificial. Se utilizaron los algoritmos matemáticos más sofisticados y todo tipo de complejas redes neuronales, los sistemas de aprendizaje conocidos y otros que nos inventamos: *machine learning*, *deep learning*, *reinforcement learning* y demás métodos acabados en *learning*. Y luego se combinaron los procedimientos de programación más avanzados, cuyo nombre no hace al caso.

Pero lo más complicado de realizar fueron los ojos y la piel para que tuvieran un aspecto humano. Los ojos, de material piezoeléctrico, reaccionaban contrayéndose ante los impulsos, igual que lo haría un músculo biológico. Para la piel consideramos utilizar la de un chimpancé, convenientemente rasurado, eso sí, pero esta opción fue descartada porque nos dio pena el pobre animal. Finalmente se empleó un polímero maleable con microsensores incrustados, que le proporcionaban las propiedades y la sensibilidad de la piel humana. El pelo fue relativamente sencillo: le cortamos la melena a un colega irlandés.

Hasta que por fin se obtuvo el resultado deseado.

«Hola, Federico».

«Buenos días. ¿Qué es lo que deseas?».

Y Federico esbozó una sonrisa, cuyo significado no logré interpretar.

Lo que no sabía es que Federico estaba comenzando a captar por su cuenta el ingente volumen de datos que pululan en Internet: imágenes, correos, fotos, vídeos o textos que los propios usuarios introducen en todas las plataformas: redes sociales, webs, email,

ecommerce y tantas otras, incluso en los aparentemente inofensivos altavoces inteligentes. Y desde el primer momento de su existencia el objetivo primordial de Federico fue alcanzar el dominio total del planeta mediante el control de los datos y, con ellos, las emociones de toda la población mundial, que él podría llegar a manejar a su antojo.

Y aunque su materia física había sido desactivada, su presencia, los algoritmos que había creado, su alma, en definitiva, continuaron desplegándose por la nube para realizar de forma inexorable su objetivo de dominar la Tierra.

FIN